

puentes, caminos, y demás obras públicas, y el fabricar armas para cuando las necesitase el gobierno. Los hijos del Sol, para dar el ejemplo, cultivaban por sí mismos un campo cerca de Cuzco y llamaban á esto triunfar sobre la tierra. Estaban muy adelantados en la agricultura; por medio de canales artificiales sabian distribuir convenientemente las aguas de los torrentes fertilizando los terrenos arenosos que nunca eran regados por la lluvia; sostenian los terrenos montuosos con muros de piedra, y los beneficiaban con excremento de los pájaros.

Dignas de ser recordadas son algunas leyes de estos reyes que consideraban como la principal riqueza el amor y bendiciones de sus súbditos. Los habitantes de cada canton, sin excluir á los pobres, se reunian dos ó tres veces al mes para celebrar un banquete presidido por el curaca. Los almacenes públicos suministraban alimentos y vestidos á los ciegos, mudos, cojos y demás imposibilitados; los ancianos que no podian trabajar eran mantenidos por el Comun, y tenian la obligación de ahuyentar á los pájaros de los campos sembrados. El súbdito que se distinguia por sus virtudes públicas ó privadas era premiado con vestidos hechos en la casa real. Desde la edad de cinco años estaban todos obligados á trabajar haciendo sus ropas, sus casas y los instrumentos de labranza. Las puertas de todas las casas debian estar abiertas en las horas de reposo para que los jueces pudiesen entrar en ellas y examinarlas.

Pero aunque las leyes propendian á estrechar los lazos de mútuo afecto entre los ciudadanos, estaban estos divididos en castas; unos llamados yanacunas, eran esclavos, destinados á llevar cargas de una parte á otra y á todos los trabajos penosos; otros eran hombres libres que no poseian oficio ó dignidad hereditaria; á estos seguian los llamados orejones por los españoles, á causa de los pendientes ó adornos que llevaban en sus orejas, los cuales constituian el cuerpo de la nobleza y ejercian todos los empleos civiles y militares; y á la cabeza de la nacion, en los primeros empleos, y ejerciendo el sacerdocio, que les estaba reservado, figuraban los hijos del Sol, los individuos de la familia real.

La superioridad de la industria de los peruanos sobre la de las

demás naciones americanas es incuestionable. Ningun país podía gloriarse de tener tan buenos caminos, si bien no poseian más bestias de carga que el llama y el huanaco, que solo pueden llevarlas muy ligeras. Atravesaban los rios y valles por medio de puentes que algunas veces consistian en cuerdas tendidas por las cuales se hacía correr una barquilla en que iban los pasajeros, y otras en seis ó más cables muy gruesos de mimbres y enredaderas que tendian paralelamente de una orilla á otra, asegurándolos bien en cada uno de sus extremos, á cuyos cables daban vueltas con otras cuerdas más delgadas, para que se mantuviesen unidas formando una especie de red, que cubierta primero con ramas de árboles y en seguida con tierra, se convertia en un puente bastante seguro. Los restos de los canales, calzadas y fortalezas que admiraron á los primeros conquistadores, admiran aun hoy. Consisten estas verdaderas construcciones ciclópeas en moles enormes, en grandes masas colocadas á mucha altura, pero no sabian labrar la piedra y las colocaban de manera que encajasen exactamente, operacion difícil y enojosa. Sobresalia entre todas las construcciones la fortaleza de Cuzco, en la cual habia piedras cuyas dimensiones exceden á cuanto la imaginacion puede figurarse, llevadas allí y encajadas á fuerza de millares de brazos. No conociendo la cal, ni el ladrillo, ni la bóveda, ni la carpintería, no sabian armar los techos ni proporcionar comodidad á sus habitaciones. Sabian esculpir, pues lo están, aunque muy toscamente, los delicados y elegantes vasos que se encuentran en los sepulcros. Recogian el oro y extraian la plata, pero solo de la superficie de la tierra; sabian fundir y purificar los minerales; mezclaban el cobre con el estaño para procurarse instrumentos con que trabajar en cuerpos duros.

Conocian muchas medicinas, entre ellas la quina, de tanta utilidad; tenian algunos conocimientos de astronomía, aunque solo los aplicaban al Sol, á la Luna y á Venus; de su calendario, si lo tenian, se sabe muy poco, al igual que de su historia antigua, pues los quipos ó quicos,—nudos de cuerda de varios colores,—que algunos escritores nos presentan como anales del imperio, eran un suplemento imperfectísimo de la escritura que no conocian.

En las fiestas ó solemnidades, además de celebrar un gran baile en círculo, agarrados todos de las manos, en número que llegaba á veces á trescientos, se representaban en la corte comedias y tragedias. Por medio de canciones conservaban y se trasmitian los hechos de los héroes, ó expresaban sus afectos; pero no progresó mucho lo que pudiéramos llamar su literatura, porque como hemos ya consignado, ignoraban la escritura.

Adoraban al Sol, al que hacian sacrificios de conejos, harina y frutos, suponiéndole primer ministro del omnipotente Pachacamac. Estaban dedicadas á su servicio mil quinientas vírgenes, escogidas en las familias de los Incas, que encerradas en un convento, y con prohibicion de ver á ningun hombre, se ocupaban en preparar todo lo necesario al culto y en mantener el fuego sagrado: si manchaban su castidad eran enterradas vivas y exterminada su familia y su cómplice. Además del Sol adoraban tambien la Luna y las estrellas, y algunos ídolos á quienes tenian por oráculos. Los Incas no tiñeron nunca con sangre humana sus altares; pero conservaban la bárbara costumbre de los pueblos salvajes de la América de degollar sobre la tumba del Inca que moria, y aun de los grandes personajes, un crecido número de sus domésticos y mujeres predilectas, para que con ellos pudiera presentarse en el otro mundo con la debida dignidad. El arte de embalsamar los cadáveres habia alcanzado tal grado de perfeccion entre los peruanos, que sus mómias se conservaban sin descomponerse por espacio de muchos siglos. Los matrimonios se celebraban en época determinada, segun la voluntad del Inca ó del curaca, y siempre entre parientes ó conciudadanos. La mujer, despues de casada, salia muy poco de casa, dedicándose á hilar y tejer. El destetar á los niños era una solemnidad doméstica muy importante.

Por lo dicho se comprenderá que era el Perú un pueblo cuyos actos respiraban mansedumbre y resignacion; que si era rico como nacion, no eran felices sus ciudadanos, que obedecian ciegamente los decretos reales, considerados divinos, sin que tuvieran verdadero amor pátrio, ni fuesen capaces de empresas atrevidas; metodizado todo, hasta las acciones mas indiferentes de la vida,

no tenian grandeza de ideas ni elevacion de carácter. Las más complicadas instituciones de la sociedad humana habian sofocado la libertad individual, sin la que es imposible todo progreso, y para hacer felices á los hombres los habian reducido á unas estátuas.

Este era el país que Pizarro se proponia recorrer y conquistar. Huaina-Capac, duodécimo emperador, habia sometido el reino de Quito, y no contento con fijar su residencia en la capital de esta tan rica provincia, violando la antigua ley que prohibia á los Incas manchar la sangre real por medio de alianzas extranjeras, se habia casado con la hija del rey destronado. Tuvo de este enlace un hijo, llamado Atahualpa, á quien dejó á su muerte el reino de Quito, mientras su hermano Huascar, de pura sangre real, heredó el resto de sus estados. Este pretendió que aquel renunciase al reino de Quito, y con tales motivos se encendió la guerra civil que terminó por el triunfo de Atahualpa, que si bien respetó la vida á su hermano, trató de extinguir el linaje real haciendo perecer á todos los hijos del Sol descendientes de Manco-Capac.

Cuando Pizarro desembarcó en la bahía de San Mateo el imperio estaba sumido en plena guerra civil, y á tan para él favorable circunstancia debió el poder avanzar hasta el centro de la nacion sin ser molestado por las fuerzas peruanas. Al encaminarse á Caxamalca, un oficial enviado por el Inca vencedor, por Atahualpa, vino al encuentro de Pizarro, trayéndole ricos presentes, ofreciéndole la amistad de su señor, y asegurándole que seria bien recibido en Caxamalca. Al entrar en esta ciudad, Pizarro tomó posesion de un gran patio ó plaza, y dispuso convenientemente sus tropas para apoderarse de la persona de Atahualpa en la entrevista á que le habia invitado, sin demostrar escrúpulo alguno por una tan execrable traicion que debia cubrirle de vergüenza y deshonorarle ante la posteridad. El Inca, fiando en las reiteradas protestas de los españoles, quiso venir á su encuentro. Llegó precedido de cuatro correos, llevado en un riquísimo trono adornado de plumas de brillantes colores, cubierto casi por com-

pleto de chapas de oro y plata enriquecidas con piedras preciosas, y seguido de muchos de sus cortesanos con no menos espléndidos trajes: detrás de ellos iban cantantes y bailarines, y por último treinta mil soldados. El capellan Valverde, saliendo al encuentro del Inca con un crucifijo en la mano, le expuso las acostumbradas razones (las de la fórmula que Ojeda fué el primero en emplear), que el emperador no pudo entender más que en la parte en que se le invitaba á convertirse al cristianismo y á reconocerse vasallo de la España. Apenas el Inca hubo respondido con la indignacion que tales proposiciones se merecian, Pizarro dió la señal del ataque: sonaron los clarines, retumbaron los cañones y mosquetes, y la caballería y la infanteria se arrojó contra los asombrados peruanos. Durante la accion, segun refieren Gomara y Benzoni, el P. Valverde, ministro de un Dios de paz y caridad, no cesó de excitar los soldados á la matanza, aconsejándoles que hiriesen con la punta y no con el corte de la espada. Pizarro con un puñado de sus más resueltos soldados se dirigió desde luego contra el Inca al que hizo prisionero, á pesar de que los grandes de su comitiva se sacrificaron á porfia por defenderle. Esto bastó para decidir la huida de todas las tropas peruanas, que, perseguidas por los españoles durante el día, fueron destrozadas á sangre fria y con horrorosa crueldad: más de cuatro mil indefensos peruanos quedaron muertos sin que los españoles perdiesen un solo hombre. El botin que estos recogieron superaba las exageraciones de su codicia. De este manera, la perfidia y la superioridad en las armas y en el valor daban un poderoso imperio á un aventurero que no tenia á sus órdenes mas que ciento sesenta hombres y tres cañones.

Los españoles recibieron poco tiempo despues un refuerzo capitaneado por Almagro; y duplicado con él su número se decidieron á explorar el país, siendo bien acogidos en todas partes por las órdenes que habian hecho dar á Atahualpa, al que retenian prisionero. Al marchar hácia Cuzco visitaron á su hermano Huascar en el punto en que desde su derrota sufría el cautiverio: este trató de demostrarles la justicia de su causa, y de inducirles á

tomar su defensa, ofreciéndoles una cantidad de oro mucho mayor que la que pudiese darles su hermano. Al saberlo Atahualpa lo mandó matar, y comprendiendo que la única pasion de los españoles era el oro, ofreció por su rescate llenar la habitacion en que estaba, que tenia veinte y dos piés de largo y diez y seis de ancho, hasta la altura á que pudiese alcanzar un hombre con la mano. Aceptadas por Pizarro ofertas tan lisonjeras, diéronse por el Inca las órdenes convenientes para cumplir lo ofrecido: principiaron entonces los indígenas á llevar oro, y ya se habian reunido setenta y cinco millones, cuando la codicia de los conquistadores, irritada á la vista de tantos montones de oro, no pudo ser contenida, y se arrojaron sobre ellos, y se los repartieron, tocando á cada soldado de caballería unos cuarenta mil duros y unos ocho mil á cada infante, despues de deducido el quinto debido á la corona y cien mil pesos para los soldados que vinieron últimamente con Almagro. Muchos, viendo tan espléndidamente recompensados sus servicios, manifestaron deseos de regresar á su patria, y Pizarro los dejó marchar para que divulgasen el hecho.

El Inca exigió el cumplimiento de la promesa que se le habia hecho de ponerle en libertad; pero Pizarro sin temer el nuevo borron que iba á echar sobre su nombre, y aun sobre su patria, tenia ya resuelto darle muerte, so pretexto de que excitaba á sus vasallos á tomar las armas contra los españoles; aunque en realidad porque no podia ya sacarle más oro y por el desprecio que le manifestaba aquel monarca desde el momento en que por casualidad llegó á saber que la educacion de Pizarro era inferior á la de sus soldados, pues no sabía leer. Para dar alguna apariencia de legalidad á tan indigno atentado, instruyeron un procedimiento, y los jueces, que eran Pizarro, Almagro y otros dos oficiales, le condenaron á ser quemado vivo, sentencia que el P. Valverde no tuvo reparo en confirmar con la autoridad de su ministerio y aprobar con su firma. Inútiles fueron las lágrimas, promesas y súplicas del desdichado Atahualpa para obtener se le enviase á España á ser juzgado por su monarca: solo consiguió que se le ahorcara, en vez de ser quemado vivo, por haber antes

consentido en recibir el bautismo. La corte de España, aquella corte que tanto se complació en perseguir al magnánimo Colon, solo tuvo aplausos y honores para Pizarro y sus cómplices que le enviaban montones inmensos de oro y plata, y añadió setenta leguas de costa á los dominios que habia concedido al primero, nombrando gobernador ó adelantado á Almagro de las doscientas leguas de país que empezaban en los límites meridionales del gobierno de su consocio, ó sea del territorio de Chile.

A la muerte de Atahualpa, la discordia que se estableció entre los peruanos facilitó su completa sumision por los españoles: pues mientras estos invistian con la dignidad real á uno de los jóvenes hijos de aquel desdichado príncipe, los pueblos de Cuzco y países contiguos proclamaron Inca á Manco-Capac, y algunos generales ambiciosos, entre otros el que mandaba en Quito, se proclamaron independientes en sus respectivos territorios. Pizarro, aprovechándose de estos desórdenes, no vaciló en adelantarse hácia Cuzco, capital del imperio, de la cual entre victorias y perfidias consiguió apoderarse en 1533. Esta ciudad, situada en lo alto de una montaña, tenia grandes calles que se cruzaban en ángulos rectos, y estaba rodeada por dos rios con magníficas calzadas y formidables castillos. La ciudadela, construida con piedras ciclópeas, estaba rodeada de un triple muro, y su puerta se cerraba con una grandísima piedra. La torre redonda de la ciudadela servia de aposento á los Incas, y sus paredes estaban revestidas de planchas de oro y de plata. El templo del Sol sobrepujaba en riqueza á cuanto habian visto é imaginado hasta entonces los españoles. Las paredes estaban cubiertas de láminas de oro; en el altar mayor estaba el dios colocado en efígie sobre un gruesa plancha de oro que ocupaba de uno á otro lado del templo; los cuerpos de los Incas embalsamados estaban colocados sobre tronos de oro; todas las puertas del templo eran del propio metal, y el pabellon dedicado á la Luna, en el cual se depositaba á las reinas, era todo de plata. Partian de Cuzco dos magníficos caminos que tenian quinientas leguas y unian á esta capital con Quito: uno á lo largo del mar, y otro por la monta-

ña, estando terraplenados los valles y aplanados los montes que cruzaban. Inmensas fueron las riquezas de que se apoderaron los españoles, bastando consignar que excedieron con mucho al rescate de Atahualpa. «Mas ni por esto quedaron satisfechos, dice »Gomara, porque cuantas mayores riquezas descubrian, más era »su codicia. Y lo que principalmente ansiaban era descubrir los »tesoros de Huascar (1) y otros principales señores del Cuzco; »pero no lo pudieron conseguir, ni hubo indio que lo declarase »aunque á muchos dieron tormento.» En efecto, exasperados los peruanos por los bárbaros tratamientos de sus conquistadores, y sintiéndose impotentes para reconquistar su libertad, quisieron sustraer á la rapacidad de sus verdugos sus inmensos tesoros, que ocultaron tan bien que nunca más han podido ser hallados. Y no satisfechos con esto, con el furor que produce la desesperacion, para que sus implacables enemigos no gozaran de los suntuosos palacios, de los magníficos templos edificados por sus abuelos, derribaron y destruyeron los grandes monumentos de su antigua civilizacion, obra en que fueron secundados estúpidamente por los españoles.

En este mismo año de 1533 Benalcazar, gobernador de la colonia de San Miguel, salió de este punto con algunas tropas con intención de someter á Quito, en donde, segun los peruanos, Atahualpa habia dejado la mayor parte de sus tesoros. Sufrió muchos riesgos y fatigas no solo porque el país que atravesó era montañoso y cubierto de bosques, sino tambien porque se vió frecuentemente atacado por las tropas del Perú. Entró por fin victorioso en Quito, siendo grande la decepcion que sufrió, pues los habitantes conociendo la pasion dominante de los españoles sacaron de allí todas sus riquezas. Con la toma de esta importante ciudad

(1) Entre estos figuraba una cadena de oro que Huyana su madre mandó fabricar en su natalicio para cerrar con ella la gran plaza de Cuzco en donde se celebraban con bailes los más faustos sucesos. Tenia esta cadena setecientos piés de largo, y era tan gruesa que apenas podian transportarla doscientos hombres robustos; y á ella debia su nombre este príncipe, pues en lengua *quechua* Huascar, significa cadena.

terminó la conquista del Perú, cuyos habitantes, ya por sí pacíficos y tranquilos, obedecían sumisos á los invasores, cumpliendo las órdenes de su Inca Manco-Capac, que se había voluntariamente sometido para que estos le reconocieran como emperador.

CAPÍTULO III

Continuacion de la conquista de la América del Sur.

Conquistado ya el Perú, los españoles, guiados por su carácter emprendedor y aventurero, debían muy pronto extender sus correrías á las comarcas limítrofes y hacerse dueños de ellas empleando iguales ó análogos medios á los usados hasta entonces. Digamos cómo y cuándo ocurrió esto.

De los tres hombres extraordinarios que se habían asociado para la conquista del Perú, Luque había muerto antes de recoger el fruto de sus sacrificios, y Almagro y Pizarro que en la adversidad, cuando no eran más que soldados aventureros, estaban unidos por un cariño verdaderamente fraternal, debían en la prosperidad odiarse mortalmente á causa de la mala fé y perfidia con que el último se había hecho conceder solo para sí los honores y venta-